



LOS CONSEJOS.

Muchas veces, queridos niños, encontráis en vuestros paseos, ó cuando vais á la escuela, esos pobrecillos desgraciados que sus infortunios les ha privado de la vista, y á quienes vuestros padres socorren todos los dias con la limosna que vosotros mismos les lleváis cuando van á llamar á vuestra puerta; fijándoos un poco podeis observar que no aciertan á dar un paso á no ser guiados, tal vez por un niño como vosotros, que los lleva de la mano, salvándolos así de los peligros en que están expuestos á caer á cada momento.

Pues bien, amigos míos, en el mundo hay tambien otra clase de ciegos, que, á pesar de tener muy buena vista y claros los ojos, necesitan quien les acompañe y les dirija á cualquiera parte adonde vayan, porque si se les deja solos, ó siguen

su capricho ó toman por lo general el camino más difícil y que más derechamente les lleva al precipicio.

Sospecho que en vuestra natural impaciencia ya deseareis saber quiénes son estos *ciegos* que tienen tan buena vista; pues vais á saberlo al punto, y no tomeis á mal que os lo diga: esos *ciegos* sois vosotros mismos,..... porque los pocos años son como las nubecillas que cubren los ojos de los que padecen una enfermedad que llaman *las cataratas*, y así como á éstos no les dejan ver los objetos sino, á lo más, como bultos sin forma, de la misma manera os sucede á vosotros en muchas ocasiones.

Es verdad que al pronto distinguís las cosas que se os presentan delante y son de vuestro gusto y que saltáis de gozo al mirarlás; y, como os parecen tan hermosas, correis

hasta llegar á ellas, sintiendo dentro del corazon un vivo deseo de tenerlas en vuestro poder.

Pues hé aquí justamente donde está vuestra ceguera y la nubecilla que oculta la verdadera forma del objeto que alcanzais á ver.

Esta nubecilla es el deseo, es la agitacion que sentis dentro de vosotros mismos, que desfigura y oculta por completo lo que aparece delante de los ojos.

De aquí la necesidad de un guia que os enseñe á ver bien, á separar lo bueno de lo malo y á no entregarse á la propia voluntad.

Como en todas las ocasiones no es posible tener un guia sabio y discreto como lo son todos los padres y profesores, nada mejor que tener en la memoria los *consejos* que os dan á todas horas.

Los consejos, creédmelo, mis jóvenes amigos, son un gran recurso, un apoyo firme y poderoso que viene en vuestro auxilio en los más grandes apuros.

Son tantas y tan variadas las cosas que pasan en la vida, que es difícil, áun para los que no son niños, vencer con el acierto debido las dificultades que se ofrecen á cada instante.

Por eso es preciso oír y grabar en la memoria las palabras, las advertencias y observaciones de los que están encargados de dirigiros y velar á vuestro lado. Ellos tienen una mision sagada que cumplir, y podeis estar seguros de que Dios les presta su ayuda para que el cumplimiento

sea más acertado, contando ademas con la experiencia, que sólo los años pueden dar.

Para formaros una idea de esto que acabo de deciros, no teneis más que recordar un hecho, que, á buen seguro, os habrá pasado alguna vez.

Al salir á una excursion cualquiera por el campo, presididos por vuestros padres, distinguís á lo léjos un pequeño, pero bonito pueblecillo, cuya situacion y agradable aspecto os hace entrar en deseo de verlo más de cerca y de llegar hasta él; como este deseo, en opinion de vuestro padre, puede satisfacerse sin peligro alguno, os concede su permiso y al instante os poneis en camino; pero á los pocos pasos se os ocurre una idea muy natural, y es que, como ignorais por dónde habeis de ir, necesitais quien os dirija.

Teneis la fortuna de que en aquel momento acierta á pasar por vuestro lado un aldeano que va, á lo que parece, hácia el pueblecillo, adonde quereis llegar; todos os apresurais á hablarle haciéndole mil preguntas, y al fin os resolveis á ir en su compañía, seguros ya de arribar felizmente al punto que tanto ansiáis.

Pues bien, ¿por qué os habeis determinado á preguntar á aquel aldeano la ruta que debiais seguir para llevar á cabo vuestro pensamiento? porque sospechabais con razon que habria andado muchas veces aquel camino y debia saberlo perfectamente, toda vez que era el de su lugar.

Lo mismo acontece en el camino de la vida; vuestros padres y direc-

tores lo han recorrido ya, y saben por lo mismo cuál lleva al bien ó al mal, y cuál es el mejor.

Ahora creo que convendréis conmigo en la necesidad en que estais de oír atentos las palabras de consejo que os dan los encargados de vuestra educacion, la gran importancia que tienen durante vuestros primeros años.

Los consejos proporcionan tambien un adelanto en los estudios del mundo; pues con su auxilio conseguimos saber y adquirir noticias y conocimientos que sólo el tiempo pudiera darnos con ímprobos trabajos.

Ellos son el resúmen, el compendio, para que me entendais mejor, de la experiencia formada á expensas de nuestra propia vida, de la meditacion y hasta de dolorosos desengaños.

Ellos son como benéfico rocío que cae sobre campos agostados por los rayos de un sol de verano.

Cuando estos consejos salen de los labios de vuestros padres, ¡con qué respeto, con qué atencion debeis escucharlos!.....

Y es claro, clarísimo, porque

¿quién en el mundo puede dispensaros más cariño? ¿quién deseáros mayor bien?

El desinterés preside todas sus acciones, nada quieren para sí, nada esperan sino labrar vuestra felicidad y haceros más llevadero el peso de la vida.

Antes de concluir estas ligeras reflexiones, porque ya os supongo fatigados, quiero recomendaros mucho que sigais con atencion y os fijeis en las palabras de consejo que os dirigen todos los dias vuestros padres y profesores, practicando estrictamente lo que en ellas os mandan y recomiendan.

Creedlo, mis queridos niños, ¡cuántos desgraciados se ven en el mundo sufriendo los mayores dolores, las penas más amargas por no haber seguido los consejos de sus padres!

Tened esto muy presente, y no lo olvidéis nunca, porque así lograréis salvaros de los continuos peligros que os rodean en los primeros pasos de la vida, que de este modo correrá tranquila como las dulces aguas de un manso arroyuelo.

R. S. CAMPOAMOR.

EL ANILLO DE GIGES.

(DE FENELON.)

Durante el reinado del famoso Creso, habia en Lidia un hombre de hermosa presencia, de gran talento,

y tan virtuoso como hermoso y discreto, llamado Calimaco, el cual, á pesar de ser de la raza de los famo-

• sos reyes, se hallaba tan pobre, que habia tenido que hacerse pastor. Un dia paseándose por las montañas escarpadas en donde cuidaba sus rebaños se sentó al pié de un árbol para descansar un momento. A los pocos instantes vió cerca de sí una estrecha abertura en la roca, por la cual penetró impulsado por la curiosidad, encontrándose en una caverna ancha y profunda. Al principio no vió nada absolutamente, pero al fin sus ojos se acostumbraron á la oscuridad, y vió en uno de sus más sombríos rincones una urna, sobre la cual se hallaban grabadas estas palabras: *Aquí encontrarás el anillo de Giges. ¡ Feliz, ¡ oh dichoso mortal! quien quiera que tú seas, á quien los dioses destinan tamaña felicidad; muéstrales tú que no eres ingrato, y guárdate de envidiar jamas la dicha de otro hombre!*

Calimaco abrió la urna, encontró el anillo, lo cogió, y, en el transporte de la alegría, arrojó la urna por más que su valor fuese tan grande como grande era la pobreza de Calimaco. En seguida salió de la caverna y quiso experimentar el poder del encantado anillo, del cual habia oido hablar desde su infancia. A lo léjos vió al rey Creso que se dirigia á un delicioso palacio construido en las orillas del Pectole. Al principio se aproximó á los esclavos, que marchaban delante derramando deliciosos perfumes por el camino que debia recorrer el Rey. Calimaco se mezcló entre ellos despues de volver su anillo hácia adentro, y nadie se apercibió de su presencia; hizo ruido y pronunció algunas pala-

bras. Todos prestaron atencion y todos se sorprendieron al percibir una voz sin ver á nadie: ¿Estamos soñando, ó qué es lo que nos pasa, que oimos hablar sin ver á nadie? se decian los unos á los otros. Calimaco, encantado con el éxito de su experiencia, abandonó á los esclavos y se aproximó al Rey. Cuando se encontró á su lado sin ser descubierto, subióse á su argentino carro adornado de maravillosas esculturas.

La Reina se encontraba cerca de él, y hablaba con el Rey de los más importantes secretos de Estado, los que solamente confiaba á la Reina el rey Creso, y de los cuales se fué enterando Calimaco durante todo el camino.

Al fin llegaron al palacio, cuyas paredes eran de brillante mármol, y cuyos techos de abricantado cobre resplandecian como el oro; los lechos eran de plata, y los demas muebles del mismo metal, adornados con brillantes y otras piedras preciosas. Todo el palacio estaba lleno de los más deliciosos perfumes, los cuales se renovaban sin cesar. Todos los objetos usuales del Rey eran de oro; y cuando se paseaba por los jardines, sus jardineros tenían la habilidad de hacer brotar á su paso las más hermosas flores. Algunas veces, con el objeto de proporcionarle una agradable sorpresa, hacian cambiar la decoracion de los jardines como si fuera una decoracion de teatro. Se llevaban por medio de grandes máquinas los árboles con sus frutos, y en su lugar se colo-

caban otros diferentes, de manera que el Rey cuando se levantaba veía sus jardines completamente cambiados. Unas veces había naranjos, olivos ó mirtos, y otras un magnífico bosque de limoneros. Otras veces era un extenso desierto lleno de pinos

salvajes ó de encinas centenarias. Otro día se veían por todas partes suaves musgos y preciosas violetas, por entre las cuales corrían mansos y cristalinos arroyuelos. De pronto desaparecía todo esto, y sólo quedaba un anchuroso río de agua clara y



..... encontró el anillo, lo cogió..... (pág. 20.)

trasparente. Este río era el Pactole, cuyas aguas corrían sobre arenas de oro. Sobre el río se veían preciosos buques, cuyos remeros iban vestidos con ricas telas cubiertas de bordados de oro. Los bancos de los remeros

eran de nácar, los remos de ébano, las proas de plata, las cuerdas de seda, las velas de púrpura y el casco del buque de maderas odoríferas. Algunas veces corría por debajo de las ventanas del palacio del rey Creso

un arroyuelo de esencias, cuyo delicioso olor se extendía por todo el palacio. Creso tenía leones, tigres y leopardos, á los cuales les habían limado los dientes y las uñas y los enganchaban á preciosos carros formados con conchas de tortugas guarnecidas de plata. Aquellos feroces animales eran conducidos por frenos de oro y riendas de seda, y servían al Rey y á toda la córte para pasearse por los extensos caminos de una vasta floresta, cuyos árboles hacían reinar en ella una noche perpétua. Mu-

chas veces servían aquellos carros para correr por las orillas del río, y aquellos feroces animales corrían con tanta rapidez, que no dejaban sobre la hierba la menor señal de sus pasos. Cada día se inventaban nuevas clases de carreras y de otros ejercicios para ejercitar el vigor y la destreza de los jóvenes. Creso, á cada juego nuevo, ofrecía algún magnífico premio para el vencedor. Así corrían los días en aquella encantada mansión en medio de estos agradables espectáculos.

(Se concluirá.)

LA HISTORIA DE ESPAÑA ⁽¹⁾,

(CONTINUACION.)

IRRUPCION DE LOS SARRACENOS.

XIX.

Derrotado el ejército godo, nadie pudo oponerse á los sarracenos. El árabe Muza logró entonces realizar sus proyectos de conquista, y cinco años fueron bastantes para subyugar toda España, á excepcion de los puntos más incultos y fragosos de las Astúrias, Cantabria y Vasconia. Córdoba, Sevilla, Mérida, Toledo, Zaragoza, todas las ciudades importantes fueron cayendo en poder de los musulmanes, y los ejércitos árabes iban completando por todas partes la sumision de los españoles. Años

y años duró la dominacion árabe; gobernaron diferentes caudillos; constituyéronse diversos estados, y al fin la España fué una nueva patria de los moros, á la que amaron tanto como á la suya primitiva. En España nacían nuevas generaciones africanas; veían con interés las mejoras materiales; levantaban grandiosas mezquitas, baños y fortalezas; construían alcázares y jardines, y llegaron á vivir, en fin, contentos y felices, creyendo vivir y morir en tan preciosa conquista.

En cuanto á los verdaderos españoles y á los godos cristianos, no todos huyeron; fueron muchos los que continuaron viviendo en las provin-

(1) Véanse los tomos anteriores.

cias conquistadas, como sucede hoy, que á pesar de que pongan y quiten en España reyes, á pesar de que varien los sistemas de gobierno, ó modifiquen y trastornen las costumbres y leyes civiles y religiosas, el mayor número se queda en su pueblo y en su casa, y deja pasar los cambios y tormentas; pues así sucedió entonces, es decir, que los españoles se acostumbraron á vivir entre los moros, y sólo los cortesanos del último rey y los magnates de la corte goda fueron los que, creyéndose comprometidos, pusieron en salvo sus vidas, escapándose á Galicia, á Navarra y á Astúrias.

Resulta, dice un historiador, por todos los escritos arábigos, el hecho positivo de que los españoles se avinieron á vivir y á alternar con los árabes; pero también es cierto que éstos fueron generalmente generosos y prudentes, dejando que se manejaran por sus propias leyes y bajo las autoridades constituidas según su código antiguo. Los obispos y los metropolitanos, á quienes llamaban los árabes *Patriarcas*, continuaron ejerciendo su potestad eclesiástica, sin comunicación con Roma. Los feligreses de las provincias del señorío musulmán componían una Iglesia particular diversa de la asturiana, sin dependencia de otra, y celebrando sus concilios separadamente con sus propios obispos; y éste fué el origen de la Iglesia mozárabe, que se ha ido perpetuando en Toledo hasta nuestros días. La potestad ci-

vil quedó en manos de magistrados, elegidos según los principios del Fuero Juzgo, con sus nombres antiguos de condes, duques, etc. Entendían en causas civiles y criminales; sentenciaban á los cristianos según sus leyes, y decidían sus altercados, sin la menor intervención de la autoridad musulmana; y lo único que se les vedaba era proceder á la ejecución, por sí y ante sí, de pena de muerte; pues había en tal caso que dar parte á las gobernadores árabes, sin cuyo permiso á nadie se podía imponer el último suplicio. También eran los magistrados cristianos recaudadores de los tributos debidos al erario musulmán, al mismo tiempo que de los subsidios que se cargaban á sí mismos, ya para el mantenimiento de las iglesias, ya para el de ciertos pueblos donde residían casi todos bajo la celaduría de un mero alcalde musulmán. Con esto se fueron conservando en parte, por algunas provincias de la Península, las leyes, el orden político, los usos y costumbres del gobierno anterior.

De toda España hemos dicho que se apoderaron los árabes, menos de las montañas de Astúrias, de Cantabria y de las Provincias Vascongadas. Allí, sin embargo, debían reunirse los que prefirieron su independencia á vivir bajo el yugo mahometano, y allí debía constituirse el primer solar de la independencia española, como veremos en el siguiente capítulo.

JANER.



Mas hoy tan postrada está,
 Que apenas le queda ya
 El recuerdo de su gloria.
 En el valle y en el monte
 Suena el estruendo de guerra,
 Que hace retemblar la tierra
 Y enrojece el horizonte.
 Hijos de una madre misma
 Luchan con fiero rencor,
 Y en negra noche de horror
 La triste madre se abisma.
 La vil infame venganza

El horrible incendio atiza
 Y siniestra luz rojiza
 Ilumina la matanza.
 Los hombres se están haciendo,
 Llenos de furor, pedazos,
 Y con sus hijos en brazos
 Van las mujeres huyendo.
 Pide á Dios omnipotente
 Que dé á tu patria reposo;
 Que Dios oye bondadoso
 La oracion del inocente.

FRONTAURA.

EL CURA Y EL CIEGO.



EL CURA Y EL CIEGO.

Habia un criminal en Sevilla que tenía una larga historia de crímenes. Uno de los infinitos que cometió fué asaltar la casa de un sacerdote, robarle y herirle de suma gravedad. Preso el criminal, fué conducido á presidio, de donde ya habia logrado evadirse várias veces, y otra más se evadió á los dos años, yendo á esconderse en la Serranía, dispuesto á continuar su criminal carrera. Una noche salió al camino á esperar al primer viajero que pasára: el primero que pasó fué el mismo sacerdote á quien el bandido habia robado y herido dos años ántes. Cura á la sazón de un pueblo, iba aquella noche á llevar los auxilios espirituales á un cortijo, donde se hallaba un trabajador en inminente peligro de muerte. El facineroso, al oír las pisadas del caballo que montaba el cura, se adelantó, y al gritar «¡alto!» disparó su carabina contra el jinete. Y en el mismo punto cayó con el rostro ensangrentado el miserable bandido. El arma habia reventado, dejando ileso al cura y herido al asesino.

El cura, oyendo los ayes de éste,

desmontó y le auxilió, examinó su herida y le consoló, y con evangélico amor al prójimo le montó sobre el caballo y le llevó al pueblo y se encargó de curarle.

El asesino quedó ciego, y habiendo conseguido el cura su indulto, se dedicó á pedir limosna en una iglesia. ¿Sabeis quién le socorre todos los dias? El generoso sacerdote, que así se venga de su enemigo, haciéndole bien.

Y no solamente le socorre el virtuoso cura, sino que le ha hecho reconocer sus faltas y pedir perdon á Dios.

Muchas veces se le oye rezar, y la pobre niña que le acompaña, nieta suya, dice que su abuelo es ya un hombre dulce, bondadoso, y que soporta su merecida desgracia con resignacion, dando gracias á Dios, que si le ha cerrado los ojos para el mundo, en cambio le ha abierto los del alma, haciéndole comprender la verdad y la virtud, y abominar el crimen.

Ahora se considera mucho más feliz que cuando tenía vista y era terrible enemigo de la sociedad.



A LA VIRGEN DEL CÁRMEN.

Brota azucenas el gentil Carmelo,
Virgen hermosa, en tu adorable día;
Y de angélicas arpas la armonía
Resuena en los alcázares del cielo.

¿Cuándo será que deje el triste suelo
Un infeliz que en tu piedad confía?
Madre del santo amor... el alma mía
Suspira día y noche sin consuelo.

¡Ay! de mis ojos el ardiente lloro,
Del corazón cuitado la amargura,
Á tí te ofrezco yo, dulce Abogada!

En este valle de dolor te imploro;
Señora, si eres madre de dulzura,
Convierte á mí tu celestial mirada.

A. APARISI Y GUIJARRO.

Julio de 1833.

JUAN EL CORNETA.

I.

Corría el año 1837.

Hay un pueblecillo situado en cierto valle no lejano de la antigua ciudad de Segovia, en el cual vivían dos honrados labradores, á quienes Dios había concedido la dicha de tener un hijo, llamado Juan, tan gracioso de cuerpo como de alma; y excuso decir, amigos míos, que aquella criaturita era la alegría de sus padres, honrados y pobres; porque si los niños son siempre el encanto de sus papás, lo son mucho más cuando, sobre estar dotados de gracia física y ser agradables aún á los extraños, tienen corazón noble y generoso.

Y conviene que sepáis también que los padres de Juan eran tan pobrecitos y vivían con tanta estrechez,

que, en medio de su triste situación, veían á su hijo como el rayo de luz de un faro, como su única esperanza y como el báculo para su próxima vejez.

Pero, por desgracia, no llegó para ellos la ancianidad, porque una breve enfermedad cortó la vida al padre, y dos años después, cuando el desdichado niño más se afanaba por pagar con infinitas muestras de amor y reconocimiento los esfuerzos que su madre, cada vez más pobre, hacía para poder alimentarle, la muerte se cebó también en ella, y Juan quedó solo y huérfano en el mundo.

Las lágrimas corrían á torrentes por aquel rostro infantil y bello, cuya expresión demostraba un dolor sin límites, cuando una mano benéfica se dejó sentir.

Juan fué llevado á casa de unos vecinos, no más ricos que lo fueron los padres del infeliz niño, pero que eran muy buenos cristianos, y abrigaban por tanto en sus almas la necesidad de hacer bien.

Allí le tenían en grande estima y dedicado á trabajos compatibles con sus pocos años y con sus escasas fuerzas, haciendo las delicias de todos con sus felicísimas y donosas ocurrencias y dando ejemplo de laboriosidad á cuantos le rodeaban, cuando acertó á pasar por el pueblecillo un destacamento de tropas, cuyo capitán tuvo que alojarse y pernoctar en la casita de los protectores de Juan.

Y tanto agradaron al militar la desenvoltura, la gracia y las travesuras del niño, que se interesó vivamente por él, y con el firme propósito de ponerle en camino de ser un día tanto y aún más que era él mismo, trató de animarle á que le siguiese, abrazando en tan tierna edad la peligrosa carrera de las armas.

La viva imaginación del huérfano, excitada por las narraciones del militar, no tardó en inclinar la balanza al lado de éste, que le refería cosas tan nuevas como deslumbradoras; y con honda pena de todos los vecinos del pueblo, Juan, llorando sí, porque abandonaba lo que hasta entonces había conocido, pero henchido de esperanzas el corazón, partió con el capitán.

Cuando perdió de vista, primero las casas y luego la torre, el campanario de su pueblo, aquel campanario que tantos atractivos tenía para

su carácter algo travieso, dos lágrimas surcaron sus mejillas y un frío que jamás había sentido corrió por todo su cuerpo.

Le pareció que asomaba á sus labios un «¡Adios!» eterno, y el recuerdo de su buenísima madre hizo brotar de su alma una oración dirigida á la Santísima Virgen.

No creais, mis queridos niños, que porque Juan abrazara la carrera militar de tan buena fe, fuera nombrado desde luego general. No. En el mundo se suele hilar más delgado que en vuestros juegos; y por tanto, su amigo el capitán sólo pudo proporcionarle una plaza algo más modesta, aunque de las más ruidosas del regimiento, supuesto que obtuvo para él un nombramiento *de corneta*.

Hé aquí, pues, á Juan hecho un soldado *de verdad*. Héle aquí vistiendo con desenfado un uniforme, llevando pendiente de su hombro una tercerola, porque la carabina era arma demasiado grande y pesada para él, y poniendo en marcha á una multitud de hombres, merced á unos cuantos soplos introducidos magistralmente en su corneta por sus pequeños pulmones.

Aquel niño prometía ser con el tiempo un excelente militar, quizás un general distinguido.

II.

No fué preciso que trascurrieran muchos meses para que su carácter franco y cariñoso, unido á su travesura, le hiciese lugar entre sus ca-

maradas; y ya podia decirse con razon que era, no solamente *el niño* mimado del capitan, sino tambien de todos los demas oficiales y del batallon entero.

Una circunstancia casual le hizo granjearse por completo la voluntad de todos y merecer los mayores elogios, estrechando con un lazo apretadísimo la amistad que ya le acercaba al único sér que en el batallon podia *hacerle alguna sombra*.

Hallábase á la sazón en Zaragoza, cuando un dia iba por el renombrado Coso y oyó un gran vocerío, pudiendo observar al mismo tiempo que un tropel de muchachos perseguia á un pobre perro que corria vertiginosamente, porque aquellos diablillos le habian atado al rabo un objeto de hojalata que al chocar en el empedrado resonaba con estrépito.

Una sonrisa juguetona asomó á los labios del travieso Juan apenas comprendió lo que aquello era; pero un instante despues sus ojos se abrieron desmesuradamente, sus mejillas palidieron, y sus labios, tambien descoloridos, principiaron á temblar.

Aquel perro perseguido era su amigo *Palomo*, el perro del batallon.

Todos los generosos instintos de su corazon se sublevaron en aquel momento, y echó á correr hácia el noble animal gritando:

—Aquí, Palomo, aquí; decidido á defenderle, aun á costa de su vida, contra el mundo entero.

Y no estaba léjos de él, cuando, primero un tremendo mastin, y luego otros cuatro ó cinco perrazos,

acometieron de improviso al fugitivo Palomo, derribándole por tierra y mordiéndole con furor.

¿Quién podrá explicar lo que entónces experimentó el valiente y generoso Juan?

Nadie; pero púdosele ver cómo empuñó la luciente bayoneta y cómo, olvidando el peligro, se lanzó entre los verdugos de Palomo, á los cuales azuzaban los otros muchachos, y como dando pinchazos y recibiendo dentelladas, luchaba cual un gigante para salvar la vida de su amigo.

¡Oh, queridos míos! en aquellos instantes no era Juan un débil niño; era el hombre bueno que defendia al caido.

Así lo comprendieron cuantos presenciaron la terrible escena, y corrieron en su auxilio sin demora. Pero ya el intrépido niño se habia desembarazado casi de sus enemigos cuando le llegó el primer socorro.

Herido, ensangrentado, ni un gemido se deslizó de su pecho, y su primer cuidado fué el de alejar del pobre Palomo la causa de su huida y examinar la desgarrada piel del animal en cuanto se vió libre de adversarios, alguno de los cuales mordia la arena para siempre.

Tanto valor, tanto arrojo y nobleza tanta, fueron aplaudidos como merecian; pero el cariñoso Juan, ni escuchaba las alabanzas ni atendia á los que intentaban arrastrarle á una botica para curarle las heridas que brotaban abundante sangre; y levantando cuidadosamente del suelo al maltrecho Palomo, lo cogió en sus

brazos y echó á correr con precipitacion hácia el cuartel.

Al verle llegar en aquel estado creyeron que hubiese sido el corneta objeto de algun atropello y se apres-taron sus camaradas para la ven-ganza; mas todo cambió de aspecto al oírle referir lo ocurrido; y desde entónces el niño y el perro fueron objeto de las mayores atenciones, así de los jefes como de los soldados, y especialmente del capitán á quien ya conoceis.

III.

Trascurrió algun tiempo más, y Juan y Palomo, curados de sus he-ridas, eran dos íntimos é insepara-bles amigos. Adonde iba Juan iba Palomo, adonde iba Palomo iba Juan.

Así corrieron dos años, sin que en-tre ellos hubiese nunca ni áun la más insignificante desavenencia, cuando otros, peor avenidos entre sí, aun-que todos pertenecientes á la especie humana y por tanto racional, sobre si ha de ser blanco ó ha de ser ne-gro, encendieron la tea de la guer-ra civil. Y hé ahí que los españoles comenzaron entónces á perseguirse los unos á los otros, divididos en dos bandos, á despecho del amor mutuo que debieran profesarse, como her-manos que son; arrostrando todas las molestias, todos los horrores de esas luchas fratricidas, y sobrellevando con energía asombrosa la fatiga y el rigor de las estaciones.

Al destemplado invierno habia su-

cedido la alegre primavera, y el bri-llante sol de Mayo lucia ya dando vida á la espléndida naturaleza.

Cuanto se veia en derredor, allá en los ricos campos de Navarra, pare-cia que convidaba á reir.

Un pequeño ejército los atravesaba, con el regocijo que reina siem-pre en las filas de los soldados espa-ñoles, áun en aquellos momentos en que les mortifican el hambre, la llu-via ó el frio.

De aquel ejército formaba parte el batallon de Juan; y el valeroso cor-neta marchaba como uno de tantos, cantando unas veces, riendo otras, y diciendo alguna agudeza en cada minuto.

Acababa de pronunciar una que hizo romper en ruidosas carcajadas á sus camaradas, cuando el vibrante sonido de la corneta de órdenes del jefe de la columna les interrumpió.

Detuviéronse todos, y en aquel momento pudieron distinguir á algu-na distancia varios grupos de hom-bres que anunciaban la presencia de los carlistas.

Estaban en el puerto de E.....

Diez minutos despues se habia em-peñado una terrible batalla, y de una y otra parte eran derribados los hombres como las espigas bajo la hoz del segador.

La compañía á que pertenecia Juan, mandada por su bizarro pro-tector, fué encargada de dar una acometida á la bayoneta á un grupo enemigo que se batia tenazmente. El capitán marchó al frente de sus soldados.

Junto á él iba Juan.

Como pegado á Juan el leal Palomo.

Así caminaron un momento *á la carrera*; pero una bala hirió gravemente al capitán, y éste cayó al suelo desplomado como un muerto.

La confusión entró entónces en las filas, y todos retrocedieron con espanto.

No todos. Allí estaban Juan y Palomo.

Las balas silbaban de tal modo que causaban horror; pero no bastaba su silbido para atemorizar al noble y decidido niño.

Veía delante de sí á su protector, y pálido de dolor le contempló un momento, vacilando y sin saber qué partido adoptar; pero no tardó en aceptar una resolución, y haciendo que Palomo cogiera con sus dientes la tercerola, bajóse el corneta, hizo un esfuerzo sobrehumano, y cargando dificultosamente con el pesado cuerpo del capitán, lo alejó de aquel sitio.

Quiso la suerte que no tardára en dar con un *físico* que, en medio de mil peligros, se ocupaba con ardor en curar á otros muchos heridos. A él se lo recomendó con los ojos arrasados en lágrimas; y sin demora, llamado por la voz del deber militar, volvió adonde se iban reuniendo sus fugitivos compañeros.

Al verse entre ellos, dueño ya otra vez de su tercerola y de su presencia de ánimo, les dijo con voz pu-

jante: Compañeros, ya lo habeis visto, nuestro capitán está gravemente herido; pero seríamos unos cobardes si, por temor que nos suceda lo mismo, dejáramos de cumplir lo que nos han mandado. ¡Adelante, pues! Y al verle partir con el mayor denuedo, nadie vaciló, todos le siguieron.

Otra vez se aproximaron al lugar peligroso, y ya las bayonetas se cruzaban.

Un dolorido *¡ay!* se oyó en aquel instante, y Juan rodó por el suelo atravesado por una bala.

Al verlo sus compañeros rugieron de ira y redoblaron su ataque; pero vacilaba todo el ejército, y una carga tremenda de la caballería carlista decidía la derrota.

La tropa se desbandó.....

Una hora más tarde pasaba por el sitio en que yacía Juan, un jinete sudoroso y empolvado, con uniforme de general y cubierta la cabeza con una boina.

Aquel jinete, que iba herido en un costado, era el Marqués de V****; el mismo que dió la terrible carga de caballería.

Al pasar distinguió el inmóvil cuerpo de Juan, que lamia y custodiaba Palomo.

Una sonrisa de amarga pena resbaló por los labios del Marqués, y dejó escapar de su alma una frase llena de compasión. Porque, sabedlo, queridos niños, aquel general, aquel marqués tenía hijos.

(*Se concluirá.*) PEREZ DE LIÉBANA.



EL ROMPE-CABEZAS.



Ahí teneis al impaciente Pepito, muy descontento de sí mismo. Su papá le ha comprado un *rompe-cabezas* de madera, y en su afan de levantar caprichosos edificios, ha visto derrumbarse una tras otra todas sus construcciones. Su hermanita mayor le está dando una leccion práctica, haciéndole comprender que lo primero de todo es que la base sea sólida, que los pesos carguen por igual sobre la parte ya edificada, y que se coloquen con mucho cuidado, para que al golpe que reciba el edi-

ficio al ser puestas las nuevas piezas, no caigan á tierra las que estén colocadas ya.

Si la hermana de Pepito fuera mayor, podria completar su leccion práctica con las siguientes máximas:

No hay ciencia sin base.

No hay edificio sin cimientos.

No hay trabajo provechoso sin método.

Os suplico encarecidamente que no olvideis nunca estos saludables y verdaderos axiomas.